







Desde

**8**

años



PLANETA

AZUL

# LA LIGA DE LOS ESPANTOS MOHÁN: EL PROTECTOR

OLIVIA VERA

ILUSTRACIONES DE GUSTAVO ORTEGA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta  
Ilustraciones de interior y de cubierta: Gustavo Ortega

© 2018, Olivia Vera

© 2018, Editorial Planeta Colombiana S. A.  
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-7000-9

ISBN 10: 958-42-7000-1

Primera impresión: julio de 2018

Impreso por: Editorial Bolívar Impresores S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

## OLIVIA VERA

(Colombia, 1988). Vive con sus dos perros y una gata siamesa en una casa a los pies de una montaña, donde asegura encontrar la verdadera libertad. Además de escribir, Olivia toca el bajo en algunas bandas de indie rock y cada tanto viaja de mochila al hombro. Ya ha recorrido cerca de 15 países, pero su favorito sigue siendo Colombia, que empezó a conocer mejor cuando quiso reescribir las leyendas populares. Vivió unos meses en Nueva York y allí tomó clases de Kung Fu con un discípulo de Bruce Lee. Algunos de sus autores favoritos son Marina Colasanti, A. A. Milne, Maurice Sendak, Miguel de Cervantes, Kurt Vonnegut, Květa Pacovská y Sara Fanelli.

Durante varios años se dedicó a escribir la saga de los espantos y la mantuvo inédita hasta ahora.





## ÍNDICE

I. Nacho usa los Números de colores .....	11
II. Coco narra la historia de Mohán .....	19
III. Un poeta dice que los ladros perran...	27
IV. Nacho aprende a jugar con las palabras.....	35
V. El padrastro de Rigoberto se viste de payaso .....	47
VI. Lo que la gente inventaba de Mohán ...	53
VII. Nacho conoce la galería de los sombreros .....	65
VIII. Mohán le da una gran sorpresa a Rigoberto .....	85



## NACHO USA LOS NÚMEROS DE COLORES

**N**acho soñó con un sombrero que brillaba en una cueva oscura. Durante varias noches el sueño fue recurrente. Al principio se sentía perdido, en peligro, y como atrapado en un laberinto. Pero siempre encontraba la salida.

Nacho le contó el sueño a Coco. Solían conversar desde que se conocieron. Negro dormía plácidamente sobre la cama. Nacho le acariciaba la cabeza y la mascota gruñía de satisfacción. Coco era experto en interpretar los sueños. Le explicó a su pequeño amigo que seguramente

haría un viaje que tendría algunas complicaciones, pero que alguien poderoso le ayudaría a resolverlas, y al final todo saldría bien.

Nacho prendió la lámpara del escritorio y abrió el cuaderno de matemáticas. Con una regla y un lápiz rojo le trazó unas márgenes a las hojas cuadriculadas. El reloj daba las siete y cuarto. Afuera caía una lluvia pertinaz. Le quedaban cuarenta y cinco minutos para estudiar antes de acostarse. A Amatista, su madre, le gustaba que lo hiciera temprano para que durmiera bien y tuviera dulces sueños. Mientras hacía la tarea, Nacho le narró a Coco la aventura de la excursión al río:

—Entonces Emma empezó a llorar y después cayó un tremendo aguacero.

También le resumió cómo rescataron a Negro. Un sabueso entrenado que la Vieja le robó, solo porque a la Vieja le gustaba robarse cosas.



Le dijo que la Vieja se había asustado mucho cuando supo quién era el dueño del perro. Coco estaba muerto de la risa con las anécdotas que Nacho le contaba. Le dio las gracias por encontrar a Negro y también por reclutar a Llorona. El mundo iba comprender la enorme tarea que estaba emprendiendo para salvar la Tierra.

Nacho sacó del escritorio una caja de madera con piezas de varios colores, también de madera, para resolver un ejercicio de matemáticas.

—¿Qué son? —le preguntó Coco interesado.

—Son los Números de colores.

—¿Para qué sirven?

—La profesora Ágata, que dicta matemáticas, dice que las regletas se usan para aprender las cuatro operaciones básicas, los fraccionarios, el área de las figuras geométricas, el volumen de los objetos y las raíces cuadradas.

—Eso suena terrible.

—No, Coco, solo es un juego para hacer trenes de colores.

—¿Trenes de colores?

—Es otra manera de decir sumas y restas.

Nacho combinaba las piezas para construir trenes de colores. Cada uno de los cubos y paralelepípedos tenía un valor. La pieza azul valía nueve, la pieza verde oscuro valía seis y la pieza amarilla valía cinco. Si las juntaba, sumaban veinte.

—Veo que eres muy hábil usándolas.

—Esto demuestra lo que se puede hacer con solo un poco de dedicación —dijo Nacho—. ¿Lo ves, Coco? Primero cerebro y luego a trabajar duro.

—¡Mira, Negro! Así es como hay que estudiar —dijo Coco con orgullo.

Cuando terminó la tarea, Nacho alistó la maleta y se cepilló los dientes.

—*A E N D O - A P I O* —dijo Nacho con la boca llena de espuma.

—Sé que parece fácil —se dijo Coco—, pero no todos los niños son capaces de hacer lo que Nacho hace. El enigma más profundo del misterio es la puerta por donde entran todas las maravillas.

Amatista y el doctor Linares, sus padres, entraron a darle las buenas noches, pero no vieron a Coco ni a Negro que se hicieron humo para esconderse en el canasto.

—¿Con quién hablabas? —preguntó el doctor Linares con curiosidad.

—Con nadie —respondió Nacho—. Solo memorizaba en voz alta un poema.



—¡Qué pilera! —dijo Amatista—. ¿Me recitarías unos versos?

*—Ahora que los ladros perran / ahora que los cantos gallan, / ahora que albando la toca / las altas suenas campanan...*

—¡Qué divertido! —dijeron los padres en coro, le dieron el beso de las buenas noches, apagaron la luz y salieron de la habitación.

Antes de que Nacho se durmiera, Coco sacó del canasto el extraordinario libro que narra *La verdadera historia de la liga de los espantos* para leerle la leyenda del misterioso Mohán.

—¿Por qué lo llamaban El Mohán?

Cocó le contestó que los extranjeros solían usar el artículo ‘El’ para referirse a este espanto como a un ser malvado, para asustar a los niños. Los conquistadores le decían ‘El Mohán’, como si se refirieran a alguien maligno.

—¿Te has dado cuenta de que nos referimos a Dios y El Diablo? A uno, con el artículo y al otro, sin el artículo. Eso debe significar algo. No hace mucho tiempo, a mí me decían El Coco.

Nacho se metió bajo las cobijas.